

*Yo no te pido nada
yo no te acepto nada.
Alcanza con que estés
en el mundo
con que sepas que estoy
en el mundo
con que seas
me seas
testigo juez y dios.
Si no para qué todo.*

Idea Vilariño

ALCANZA CON QUE ESTÉS

Estela Golovchenko

*MENCIÓN TEATRO INÉDITO DRAMA
CONCURSO LITERARIO MEC 2004*

PERSONAJES:

ANA: hija de desaparecidos en la dictadura militar

ALICIA: madre adoptiva

AMANDA: abuela biológica

ANA CLARA: bebé de seis meses



(ANA ESTÁ JUNTO AL COCHE DONDE DUERME SU HIJA DE SEIS MESES. ALICIA Y AMANDA ESTÁN ALREDEDOR)

ANA. Todas las mujeres somos madres desde que nacemos.

ALICIA. Después, tener o no tener hijos es algo casual.

AMANDA. Pero madres somos siempre, desde que somos mujeres.

ANA. Mientras está en el vientre todo es muy extraño, casi como una fantasía. Pero cuando llega el momento del parto, cuando empieza el dolor, es cuando tomamos conciencia.

AMANDA. Ahí es cuando sabemos que nada ni nadie nos va a separar de nuestro hijo.

ALICIA. No debe haber cosa más tierna que un bebé. ¿Quién no se conmueve con un bebé? ¿Hay un ser humano sobre la tierra que no pueda conmoverse con el llanto de un bebé?

(ALICIA Y AMANDA SE ALEJAN. ANA QUEDA SOLA SENTADA EN EL BANCO DE UNA PLAZA)

II

ANA. (COMO SI HABLARA CON UN INTERLOCUTOR IMAGINARIO) Es mi hija, sí. (...) Seis meses. Sí, parece más grande. (...) No, toma teta nomás. (...) Vamos a visitar a la bisabuela. (...) Es tranquilita, duerme casi todo el día. (...) ¿Los tiquecitos? Uno se lo regaló la bisabuela. El otro era mío, bueno los dos eran míos. Pero éste (SEÑALA LA OREJA DE LA BEBÉ) yo lo traía puesto cuando nací por segunda vez. (...) Eh? (..) (RIENDO) Es muy largo de explicar. (...) Ah, como yo. Bueno, yo me llamo Ana, pero mi primer nombre, el que me pusieron la primera vez, es Clara. (UNA MÚSICA SUAVE COMIENZA A SONAR. ANA SE LEVANTA Y SE ALEJA CON EL COCHE. LO DEJA EN ALGÚN SITIO A LA VISTA DEL PÚBLICO. ILUMINADO DE UNA MANERA ESPECIAL, EL COCHE PERMANECERÁ EN ESCENA DURANTE TODA LA OBRA. ANA REALIZA UN PEQUEÑO CAMBIO EN SU VESTUARIO QUE ANUNCIA UN RETROCESO TEMPORAL, MIENTRAS AMANDA SE SIENTA EN EL BANCO DE UNA PLAZA)

III

(ANA Y AMANDA EN LA PLAZA. ANA ES UNA ADOLESCENTE CON UNIFORME LICEAL Y MOCHILA O CUADERNOS EN LA MANO)

ANA. ¿Vas a ir?

AMANDA. Si te parece que llegó el momento...

ANA. No te vas a echar para atrás ahora.

AMANDA. Claro que no.

ANA. ¿Entonces?

AMANDA. ¿A qué hora querés que vaya?

ANA. Cuando quieras.

AMANDA. ¿Va a ir alguien más?

ANA. No. ¿No me dijiste que querías estar a solas con mamá?

AMANDA. Sí, claro, tenés razón. ¿Vos no le insinuaste nada?

ANA. No tiene ni la menor idea que existís y mucho menos que nos conocemos. No te pongas nerviosa, vas a ver que mamá lo va a tomar bien. Ha cambiado mucho desde que papá murió, ahora está más comunicativa, no sé.

AMANDA. A veces tienen que pasarnos cosas terribles para que cambiemos.

ANA. Tenía miedo.

AMANDA. La entiendo.

ANA. Quién sabe. Tal vez pensaba que yo iba a dejar de quererlos, que si conocía a mi verdadera familia los iba a abandonar. Suele suceder en estos casos, ¿no?

AMANDA. ¿Qué cosa?

ANA. Que los padres tengan miedo de perder a sus hijos adoptivos.

AMANDA. Sí, claro, suele suceder...

ANA. Cuando mamá te conozca se va a poner contenta, vas a ver. Mamá es muy cariñosa, todo el mundo le cae simpático, hasta los vendedores ambulantes. Los hace pasar y conversa con ellos un buen rato, aunque esté ocupada haciendo las cosas. Le encanta conversar y a vos también.

AMANDA. Bastante.

ANA. En eso se parecen ustedes dos. (CAMBIANDO) ¿Sabés en qué estaba pensando?

AMANDA. No.

ANA. Que así como mamá me adoptó a mí, vos podrías adoptar a mamá. Simbólicamente, digo. Además si yo soy tu nieta, mamá viene a ser tu hija postiza, no? (AMANDA LA MIRA CON CIERTA ANGUSTIA. ANA SE ARREPIENTE DE LO QUE ACABA DE DECIR) Bueno nunca va a ser lo mismo, se sabe. Pero ese lugarcito que te quedó en el corazón, tal vez mamá puede llenarlo... un poco. (VIENDO LA FORMA EN QUE AMANDA LA MIRA) No creo. Hay vacíos que no se pueden llenar con nada. (CAMBIANDO) ¿Qué pensás decirle? ¿No será mejor que yo esté en casa? Digo, por vos, para que te sientas más cómoda.

AMANDA. No. Vamos a hacer todo como habíamos quedado. Primero voy a verla yo sola y le empiezo a explicar de a poco. Yo no sé cómo va a reaccionar. Después, según lo que tu mamá me diga, nos reunimos las tres.

ANA. Me encantaría ver la cara de sorpresa de mamá. Yo sé que se va a poner muy contenta, vas a ver.

AMANDA. Quién sabe. Mirá que no es fácil. No tendríamos que decirle todo de entrada, lo mejor es darle la oportunidad a que me conozca, total, puedo inventar cualquier excusa.

ANA. ¿Cómo cuál?

AMANDA. Como que soy la abuela de una compañera tuya o de tu mejor amiga. ¿Cómo se llama?

ANA. ¿Quién?

AMANDA. Tu mejor amiga.

ANA. Cecilia.

AMANDA. Le digo que soy la abuela de Cecilia y que siempre venís a mi casa con ella y que yo te hago torta de chocolate. Eso le digo, ¿qué te parece?

ANA. Que no.

AMANDA. ¿Por qué?

ANA. Por dos razones: una porque mamá conoce a la abuela de Cecilia y la otra por que soy alérgica al chocolate.

AMANDA. Ah. (PAUSA) ¡Ya sé! Y si me presento como una vendedora de esos productos de belleza. Tengo una amiga que vende. Le pido el librito y ya está!

ANA. ¿Y por qué mejor no te disfrazás de Papá Noel?

AMANDA. (DESANIMADA) Pero para eso hay que esperar hasta Navidad.

ANA. Vos está delirando. Ponete en el lugar de mamá. ¿Te parece que le va a caer bien que vayas disimulando una cosa que es lo más natural del mundo? Justo ahora que ella está tratando de volver a la normalidad. Si no me hubiera dicho nada, todavía, pero se animó a contarme todo y no fue nada fácil, te podrás imaginar. Decile todo de una vez y te ahorrarás tanto preparativo.

AMANDA. Tenés razón.

ANA. (CON UN GESTO DE TERNURA) No tengas miedo. Mamá te va a querer.

AMANDA. Lo único que me importa es que me quieras vos.

ANA. Pero ella es mi mamá, te tiene que querer. ¿Por qué no vas ahora? Andá, dale.

AMANDA. Esperá. Esperamos tanto tiempo. Unos días más, unas horas más, no cambia mucho las cosas...

SV

(UN EFECTO MUSICAL O UN CAMBIO DE LUZ VUELVE A TRASLADARNOS EN EL TIEMPO. DURANTE EL RELATO DE AMANDA, ANA SE PREPARA PARA LA SIGUIENTE ESCENA)

AMANDA. (APARTE) Tantos años estuve esperando para verte. Una amiga me ayudó a ubicarte. Ella guardaba en la memoria los nombres. Es importante no olvidarse de los nombres. Hasta que al fin llegó el día y fui a conocerte a la salida del liceo. Ella me dijo: “Esa es, la de pelo enrulado”. No hubiera sido necesario que me dijera nada, te hubiera reconocido enseguida. Cuando te vi, tu rostro se convirtió en el rostro de la ausencia. No dormí en toda la noche. Lo único que mis ojos veían era tu carita risueña. Busqué fotografías viejas en los cajones de los armarios, esas que no había querido mirar por mucho tiempo. Después empecé a hacer todas lo posible para recuperarte. Era mi obsesión. Me aconsejaron que no me diera a conocer, que no me apresurara, que como no tenía apoyo legal corría el riesgo de perderte para siempre. A otros ya les había pasado: por no ser cautelosos, la familia se había mudado de la noche a la mañana y no había dejado ni rastros. Entonces empecé a ir todos los días a la plaza. Me sentaba para verte pasar cuando salías del liceo. Lluvia o sol, frío o calor, no me importaba. Yo estaba allí sólo para verte pasar. Hasta que un día vos te acercaste a mí.

W

(ANA SE ACERCA SONRIENTE. LLEVA PUESTO EL UNIFORME DEL LICEO)

ANA. Abuela, usted está esperando a alguien...?

AMANDA. (APARTE) Te habías fijado en mí.

ANA. ...porque ya no queda nadie en clase. Y como la veo que siempre está aquí, y nos mira cuando pasamos, yo pensé qué...

AMANDA. (IMPACTADA) Te estoy esperando a vos...

ANA. (INOCENTE) ¿A mí? ¿Para qué?

AMANDA. (CAMBIANDO) Para conversar. Hace tiempo que no hablo con alguien... tan joven. ¿Cómo te llamás?

ANA. Ana.

W

AMANDA. (APARTE) Enseguida nos conectamos. Tenías una manera de hablar tan agradable que me hubiera quedado todo el día escuchándote. Ese día charlamos un rato. Parecía que nos conocíamos desde siempre. Me contaste del estudio, me presentaste a algunas de tus amigas y me señalaste el muchacho que te gustaba. Cuando te fuiste (ANA SE ALEJA) seguí hablando con vos largo rato. Te decía todo lo que estuve deseando decirte tanto tiempo y que un momento antes no había tenido más remedio que callar. (ANA DESAPARECE. CAMBIANDO) Un día faltaste a clase. Tus amigas pasaron por la vereda de enfrente y cuando me vieron cuchichearon entre sí. Sentí un escalofrío por la espalda, ese escalofrío que anuncia desgracia. Me levanté lentamente y caminé, caminé, caminé por esas calles desiertas hasta que se hizo la noche. ¿Qué te había pasado? ¿Por qué no habías vuelto a pasar? La incertidumbre me carcomía el estómago y el miedo -otra vez el miedo- venía a mí como un visitante sin escrúpulos. Estuve una semana sin verte. Cuando volví al lunes siguiente una ráfaga de esperanza se apoderó de mí al verte cruzar la calle tranquilamente en mi dirección. Pero tu carita no era la misma. Entonces me quedé expectante, esperando que me hablaras. Te sentaste a mi lado en silencio. (ANA SE SIENTA JUNTO A ELLA)

V.I.I

(LUEGO DE UNA PAUSA)

ANA. Mi papá murió.

AMANDA. (APARTE, CON CIERTA IRONÍA) Lo que es desgracia para algunos es felicidad para otros. (A ANA) ¿Cuándo?

ANA. El lunes pasado. No pudimos hacer nada. (ANA LLORA)

AMANDA. (LA ABRAZA TRATANDO DE CONSOLARLA) Querida, cuánto lo lamento. Te entiendo perfectamente, yo he perdido a muchos seres queridos... (CON PICARDÍA) Bueno, con la edad que tengo te podrás imaginar que me quedan pocos sobrevivientes. (ANA SONRÍE, LUEGO AMANDA CAMBIA EL TONO DE SU VOZ) Pero lo más terrible fue haber perdido a mi hija.

ANA. (SECÁNDOSE LAS LÁGRIMAS) ¿Tu hija murió?

AMANDA. Sí.

ANA. ¿Hace mucho?

AMANDA. Hace mucho.

ANA. ¿Tenés otros hijos?

AMANDA. No. Era mi única hija. (SE PRODUCE UN LARGO SILENCIO) ¿Tu mamá cómo está?

ANA. Mal. La muerte de papá la dejó shockeada. En realidad ellos no se llevaban muy bien, pero mamá era muy dependiente, de esas mujeres que no saben qué hacer si no tienen el marido al lado.

AMANDA. ¿Tu papá estaba enfermo?

ANA. No. Le dio un infarto.

AMANDA. Linda muerte.

ANA. ¿Qué decís? La muerte no es linda para nadie.

AMANDA. La muerte no es linda para los que quedan. Los que se van, se van. Pero morir de un infarto... eso sí que es bueno. Es de las muertes más codiciadas: un suspirito y chau. Hay gente que se muere por una muerte así. (ANA LA MIRA) Bueno, es una manera de decir. Pero yo creo que hay gente que no se merece eso. ¿No te parece? Hay gente que le vendría bien una muerte... como te explico... una muerte un poquito más estiradita, ¿entendés? Que se den cuenta que se les viene. Porque morir así de golpe, es una picardía. Ése es el tipo de muerte para la gente buena.

ANA. Como papá...

AMANDA. (EXAGERANDO, CON CIERTA IRONÍA) Claro... Exactamente. (PAUSA) ¿Tu papá era buena persona?

ANA. ¿Papá?

AMANDA. (SIN DEJAR QUE CONTESTE) Porque después que nos morimos somos todos buenos. La muerte tiene la virtud de emparejarnos, aunque en vida...

ANA. (INTERRUMPE) Papá era bueno. Un poco cerrado en algunas cosas...

AMANDA. Ahí tenés...

ANA. Mamá dice que la engañó siempre.

AMANDA. Mirá...

ANA. Conmigo era demasiado exigente. Siempre quería que fuera la mejor en todo.

AMANDA. Eso no está mal.

ANA. Pero me controlaba, me controlaba todo lo que hacía. Y a mamá también.

AMANDA. Disciplina militar.

ANA. ¿Cómo sabés?

AMANDA. ¿Qué?

ANA. Que mi padre era militar.

AMANDA. No. Dije que usaba disciplina militar.

ANA. Ah. Mi padre era militar. Ahora estaba retirado. A mí no me gusta decir que mi padre era militar. No es por nada, no tiene nada de malo.

AMANDA. Claro que no. Es un oficio como cualquier otro.

ANA. Una profesión.

AMANDA. Claro. Una profesión.

ANA. Pero nunca me gustó decir que soy hija de un militar. No sé por qué.

AMANDA. Andá a saber...

V.I.I.I

(ALICIA INTERVIENE DESDE OTRO ÁNGULO. LA ESCENA ENTRE ANA Y AMANDA SE DESARMA LENTAMENTE PARA ACOMODARSE PARA LA SIGUIENTE)

ALICIA. (APARTE) Creo que yo lo maté. Bueno, es una manera de decir, él murió de un infarto, yo hubiera sido incapaz de hacerle algo. Esa noche habíamos discutido, el problema era el mismo: Llegaba siempre tarde y nunca sabía dónde estaba. Me había ofendido, como siempre, y cuando se dirigió a la puerta para salir y puso la mano sobre el picaporte, pensé: “ojalá te muras”. Emitió una especie de gemido y cayó redondito. No sé cuánto tiempo me quedé mirándolo sin hacer nada, mi cabeza vacía. Después me acerqué, le miré el rostro que no tenía el mínimo gesto de dolor, le toqué las manos, y esperé. Por suerte no estabas en la casa. (PAUSA) Tu padre tenía una manera extraña de querernos. ¿Cómo se puede querer a alguien y hacerle tanto daño? Pero uno se acostumbra a esa manera de sentirse querida. Cuando tu padre murió sentí que el piso desaparecía bajo mis pies. Después me di cuenta que siempre fui una máquina: obediente, sumisa, incansable. Me sentí la mujer más sola del mundo.

I.V.

ANA. (ENTRANDO) ¿Tomaste la pastilla?

ALICIA. (RECOSTADA) Sí.

ANA. Ahora vas a dormir como un bebé.

ALICIA. Vení, sentate conmigo. (ANA SE ACERCA. ALICIA LA ABRAZA) Cuando eras bebé dormías en mis brazos... Me levantaba de noche, mientras tu padre dormía y te alzaba.

Vos ni te dabas cuenta, dormías plácidamente. No precisaba hamacarte para que durmieras, pero yo siempre te hamaqué.

ANA. Sería una mañosa... me pasaría llorando.

ALICIA. No. Ni un ruidito, nada. Abrías los ojitos y te quedabas despierta mirando, pero en silencio, siempre en silencio. (PAUSA) Una vez estuve a punto de raptarte.

ANA. ¿Qué?

ALICIA. Habíamos discutido con tu padre. Me dijo que si yo te llevaba otra vez a la casa de Teresa me iba a... bueno, me amenazó. Entonces preparé el bolso y pensé escaparme con vos esa noche. Pero no pude. Tantas veces pensé en dejarlo, pero siempre me arrepentía. Yo sabía que tarde o temprano nos iba a encontrar. Tu padre nos tenía apresadas a las dos.

ANA. Yo sé que ustedes nunca se llevaron bien, pero no me imaginaba que vos te sentías así. ¿Por qué nunca me lo dijiste mamá?

ALICIA. Las madres ocultamos muchas cosas para que los hijos no sufran. Aunque a veces nos equivocamos.

ANA. No digas eso, me hacés sentir culpable.

ALICIA. No, mi amor, al contrario, la única culpable soy yo.

ANA. ¿Por qué decís eso? ¿De qué vas a ser culpable vos, mamá?

ALICIA. (DECIDIDA) Te mentí, Anita. Tu padre y yo te mentimos.

ANA. ¿Me mintieron? ¿En qué me mintieron, mamá?

ALICIA. (APARTE) Entonces te dije todo paso por paso: que eras adoptiva, que tu papá nunca había querido que te dijéramos nada al respecto, pero él ahora estaba muerto y yo había decidido decirte toda la verdad. Estaba bajo el efecto de un sedante, claro. Eso me permitió hablar con tranquilidad. Y cuando vi tus lágrimas supe que estaba haciendo lo correcto, porque el dolor del amor une más que cualquier cosa.



ANA. (APARTE) De pronto me sorprendí caminando por la calle, rumbo a la plaza. No me reconocía. Esa persona que caminaba no era yo. Todo lo que tenía hasta ahora había desaparecido, mejor dicho, todo lo que no tenía hasta ahora había aparecido. No podía entenderlo, cuanto menos aceptarlo. No sabía quién era, qué hacía. Me sentía como si hubiera tomado el ómnibus equivocado y al llegar a destino me daba cuenta que ése no era el lugar a

dónde yo quería ir. Me miré en el espejo horas y horas, esperando que mi imagen reflejada me convenciera de quien era realmente.

NI

(ANA TERMINA SENTADA CON AMANDA EN EL BANCO DE LA PLAZA)

AMANDA. Sabés que sos muy madura, vos.

ANA. ¿Por qué?

AMANDA. Porque razonás bien. Por lo menos es lo que me parece.

ANA. Nadie me había dicho eso antes, al contrario, siempre me dicen que no pienso las cosas, que soy una atropellada... Aunque últimamente he cambiado bastante.

AMANDA. También...se te vino todo junto. La muerte de tu papá...

ANA. ...enterarme de zopetón que soy hija adoptiva... Sabés que cuando era más chica me dijeron en la escuela que yo era adoptiva.

AMANDA. Ah, sí? ¿Quién te lo dijo?

ANA. Un compañero de clase que me odiaba.

AMANDA. ¿Te odiaba?

ANA. Sí.

AMANDA. ¿Y qué pasó cuando te dijo eso?

ANA. Nada.

AMANDA. ¿Le creíste?

ANA. Al principio no le creí nada, pero cuando llegué a casa me puse a rezar para que mis padres me dijeran que no era cierto.

AMANDA. Y fue lo que te dijeron.

ANA. Sí, claro. Sin embargo, otras veces, cuando papá se ponía malo, tenía la fantasía de que él no era mi padre, ni el esposo de mamá, que nos había adoptado a las dos para no sentirse solo como un perro. (PAUSA) He pensado tanto en papá últimamente.

AMANDA. ¿Qué pensabas? (ANA LA MIRA) Bueno, si me querés contar, no sé...

ANA. No quiero llenarte la cabeza con mis cosas.

AMANDA. Somos amigas, tengo derecho a que me llenés la cabeza, no? (ANA SONRÍE)

ANA. Me preguntaba por qué papá nunca quiso que yo supiera que era adoptiva. Porque yo conozco casos, quiero decir... estoy informada, sé que lo más conveniente es que un hijo

adoptivo lo sepa desde siempre. Es algo que si crecés sabiéndolo se vuelve natural y no te pesa para nada.

AMANDA. ¿A vos te pesa?

ANA. Exactamente eso, no.

AMANDA. ¿Qué querés decir?

ANA. Me pesa saber que alguien puede ser tan egoísta como para no compartir una cosa semejante. ¿Sabés qué siento? (AMANDA NIEGA CON LA CABEZA) Estoy enojada con mis padres.

AMANDA. ¿Cuáles?

ANA. (RIENDO) Tengo tantos. Estoy enojada con todos por haber hecho tanto lío con mi vida.

AMANDA. ¿No te gustaría saber quiénes son tus verdaderos padres?

ANA. No sé, es raro. Me cuesta imaginar que tengo otra familia. Pero no voy a negarte que siento curiosidad. Sobre todo cuando mamá está deprimida y se pasa durmiendo todo el día. No sé qué hacer, me siento tan sola que me dan ganas de hablar con mi madre verdadera así como hablo con vos. Le preguntaría tantas cosas...

AMANDA. ¿Qué cosas, por ejemplo?

ANA. ¿Por qué me abandonó?

AMANDA. (APARTE) Me mordí los labios para no decirte que tu madre no te abandonó, sino que te arrancaron de sus brazos y después... no volvimos a verla. Pero no me atreví. Preferí apretar en el silencio cualquier cosa que pusiera en peligro nuestra relación. Sin embargo no podía permitir que pensaras que tu madre te había abandonado, era demasiado injusto. (A ANA) Tu madre no te abandonó.

ANA. ¿Y vos qué sabés?

AMANDA. Porque conocí a tu mamá.

ANA. ¿La conociste? ¿Y todo el tiempo sabías que yo...? ¿La conociste?

AMANDA. Sí. La conocí muy bien. Y puedo asegurarte que jamás te hubiera abandonado.

ANA. ¿Y por qué me dio en adopción?

AMANDA. Tu madre murió cuando vos tenías seis meses.

ANA. ¿Mi madre murió?

AMANDA. Sí. Por eso te adoptaron.

ANA. ¿Y mi padre? ¿Mi padre vive?

AMANDA. Tu padre también murió.

ANA. ¿También conociste a mi padre?

AMANDA. Sí.

ANA. ¿Y cómo era? ¿Tengo hermanos?

AMANDA. No. (APARTE) Me hiciste tantas preguntas que no sabía cómo responderte para que no te dieras cuenta que yo era tu abuela. Pero mi cabeza quedó tan confundida con tu interrogatorio que caí naturalmente al terreno tan temido.

ANA. ¿Y tengo abuelos? Capaz que viven todavía.

AMANDA. (APARTE) Yo ya estaba al borde de las lágrimas. (A ANA, CON CIERTA LENTITUD, PERO DECIDIDA) Yo soy tu abuela. Yo soy la madre de tu madre. (PAUSA. ANA SE ALEJA LENTAMENTE SIN DEJAR DE MIRAR A LOS OJOS A AMANDA Y LUEGO SALE CORRIENDO. AMANDA LA SIGUE CON LA MIRADA Y TRATA DE DETENERLA CON EL GESTO)

V.I.F

AMANDA. (APARTE) Te había perdido para siempre. Mi debilidad te había alejado de mi vida. Me imaginé que llegabas a tu casa, le contabas a tu madre lo que había sucedido y todo se echaba a perder. Yo no podía hacer nada. Sentí tal remordimiento por mi actitud descontrolada que no pude dormir por muchas noches.

ANA. (APARTE) No pude dormir por muchas noches. Lo que me conmovió de veras fue saber que mi madre había muerto. Fue una sensación extraña, mezcla de sentimientos contradictorios. Por un lado había perdido para siempre la posibilidad de conocerla y por otro, tenía la certeza de que no me había abandonado. Lo que más me importó, finalmente, fue saber que mi verdadera madre no me había abandonado.

XII

(NUEVO CAMBIO ESPACIO TEMPORAL. ALICIA VIENE DE LA CONSULTA CON SU PSICÓLOGA. ANA LA ESPERA)

ALICIA. (ENTRANDO) ¿Cómo te fue hoy?

ANA. Bien. (SE DAN UN BESO) ¿Y a vos?

ALICIA. Me cambiaron los medicamentos.

ANA. ¿Si?

ALICIA. Me dieron unos más suaves.

ANA. ¿Te sentís mejor?

ALICIA. Mucho mejor. Hoy hablamos de vos con la doctora.

ANA. Ah, si? ¿Bien o mal?

ALICIA. ¿Cuándo me oíste hablar mal de vos?

ANA. Nunca. (LE DA UN BESO) ¿Y se puede saber qué hablaron?

ALICIA. Lo de siempre. Como me ve tan ansiosa por contarte todo, me dijo que no te llenara la cabeza con historias; que lo que vos tenías que saber lo ibas a ir preguntando y en ese momento tenía que darte las respuestas. Pero siempre la verdad, nada de misterios.

ANA. ¿Y qué le dijiste?

ALICIA. Que vos preguntás poco y que yo hablo demasiado.

ANA. Por todo lo que no hablaste antes, será.

ALICIA. Siempre sentí miedo de hablar. No sé, me parecía que estaba mal, que estaba cometiendo un pecado.

ANA. Con papá no se podía hablar de ciertas cosas.

ALICIA. Es cierto.

ANA. Cambiaste tanto desde que murió papá.

ALICIA. Todos cambiamos cuando se nos muere alguien.

ANA. Sí, pero vos sos otra persona.

ALICIA. La terapia me hace muy bien.

ANA. No es sólo la terapia, antes ni se te hubiera ocurrido ir. Teresa siempre te aconsejó que fueras y nunca quisiste. Lo que pasa es que perdiste el miedo, mamá.

ALICIA. Cuando hablás así me doy cuenta de lo grande que estás.

ANA. Vos siempre creés que todavía soy una beba.

ALICIA. Es que maduraste mucho con todo esto.

ANA. Hace un rato me dijeron lo mismo.

ALICIA. ¿Quién?

ANA. Una amiga. (PAUSA)

ALICIA. ¿Te preparo la leche?

ANA. ¿En qué quedamos?

ALICIA. (SONRIENDO) Tenés razón. Andá vos. Yo tengo cosas que hacer.

(TOMA UNA REVISTA Y SE COLOCA LOS LENTES,

DISPONIÉNDOSE A LEER) Traeme un tecito para mí.

ANA. (ANA SONRÍE. HACE ADEMÁN DE SALIR, LUEGO SE

DETIENE) ¿Nunca tuviste curiosidad por conocer a mi madre?

ALICIA. (SE TOMA SU TIEMPO QUITÁNDOSE LOS LENTES) Al principio no. Estaba tan embobada con vos que ni se me ocurrió pensar otra cosa, ni en pedir explicaciones, nada. Fue todo tan inesperado. Tu padre y yo nunca habíamos hablado de adoptar. Imaginate, de un día para el otro me convertí en mamá. Después, con el tiempo, empecé a darme cuenta que vos venías de otra madre y sentí cierta curiosidad, me dieron ganas de preguntarle ciertas cosas, pero ya era tarde.

ANA. Había muerto.

ALICIA. ¿Quién? ¿Tu madre? No. Bueno, que yo sepa, no está muerta.

ANA. ¿Alguna vez averiguaste?

ALICIA. Bueno, no, nunca traté de averiguar nada.

ANA. Yo sé que está muerta.

ALICIA. ¿Quién te dijo eso?

ANA. Nadie. Yo lo sé. ¿Vos no sabías nada?

ALICIA. Claro que no.

ANA. ¿Papá sabría?

ALICIA. Tu padre nunca me dijo nada, sabés cómo era. Aquella vez que te dijeron en la escuela, un compañerito, no sé, y vos viniste a preguntarnos si eras adoptiva... ¿te acordás?, hizo un escándalo bábaro. Se enojó tanto conmigo. Pensó que yo te había dicho algo. Teresa siempre me decía: “tenés que decirle la verdad, cuanto más chica, mejor”. Pero no había forma de convencer a tu padre. Yo sabía que tarde o temprano te ibas a enterar. Por eso ese día que viniste a preguntarnos para mí fue un alivio. Pero él no quiso que fueras más a esa escuela y terminamos mudándonos de un día para el otro...

ANA. (VIENDO QUE LA MADRE SE PONE MAL) Ya está, mamá, eso ya pasó, no te preocupes.

ALICIA. Vos siempre vas a ser mi hija.

ANA. Y vos siempre vas a ser mi mamá y papá... (CON TONO DE BROMA) Bueno, cuando quieras puedo tener “otro” papá.

ALICIA. ¿Qué estás diciendo? (ALICIA ACUSA LA CHANZA Y LE AMAGA COMO PARA DARLE UN CACHETAZO, HACIÉNDOSE LA ENOJADA)

ANA. (DIVERTIDA, TRATANDO DE ESQUIVARLA) Que si querés te consigo un novio y...

ALICIA. ¡Ni Dios permita!

ANA. Si sos joven todavía...

ALICIA. ¿Y eso que tiene que ver?

ANA. (RIENDO) Te van a decir la “viuda alegre”...

ALICIA. (CON CIERTA PICARDÍA) ¡Sos una atrevida con tu madre! Si te escuchara tu abuela que querés conseguirme un novio.

ANA. Pone el grito en el cielo.

ALICIA. ¿Te imaginás? Me manda a la iglesia en penitencia.

ANA. (IMITANDO A LA ABUELA) Andá a rezar diez padrenuestros y veinte avemarías. (SE PERSIGNA EN FORMA EXAGERADA. ALICIA RÍE A CARCAJADAS. LUEGO DE UNA PAUSA, ABRAZANDO A SU MADRE) Mamá, nunca te voy a abandonar.

A.M.V.

(AMANDA CONTINÚA LA ESCENA INTERRUMPIDA ANTERIORMENTE)

AMANDA. (APARTE) Sin embargo no me abandonaste. Una lucecita del cielo, tal vez la de tu madre, te iluminó. A nadie contaste nuestro secreto. Esperé unos días para volver al lugar donde había hecho guardia tanto tiempo. Tenía miedo que me despreciaras y eso hubiera sido terrible para mí, pero más terrible era no intentarlo otra vez. Entonces fui y te encontré sentada en el mismo banco en el que tantas veces yo te había esperado. Ese día, cuando me reencontré con tus ojos, supe que eras de mi sangre. Porque la sangre llama como un grito en la oscuridad.



(APARECE ANA)

AMANDA. ¿No le dijiste a tu mamá?

ANA. No. Mamá no anda muy bien.

AMANDA. Capaz que es mejor que...

ANA. (INTERRUMPIENDO) Se lo voy a decir. No voy a cometer el mismo error que cometieron ellos. Le voy a decir que conocí a mi abuela. Pero creo que es mejor esperar un tiempo, todavía tiene muchas cosas que resolver. (PAUSA)

AMANDA. ¿Y si no le decís nada? ¿Para qué vamos a complicarnos la vida si podemos estar juntas y pasarla bien, no te parece? Además vos ya sos grandecita, podés salir sola y si te demorás mucho charlando conmigo le decís que tenés un dragoncito...

ANA. ¿Un qué?

AMANDA. Un... novio, yo qué sé... Le decís a tu mamá que vas a dar una vuelta con él y te quedás conmigo. ¿No te parece buena idea?

ANA. Es que es cierto.

AMANDA. ¿Es cierto qué?

ANA. Que ando ahí...

AMANDA. ¿No me digas que tenés novio?

ANA. Bueno, novio como decís vos, no, pero... hemos salido algunas veces.

AMANDA. ¿Y tu madre qué dice?

ANA. ¿Mamá? Nada. Ahora que papá no está...

AMANDA. ¿Tu padre era celoso con vos?

ANA. ¿Papá? Obsesivo. Con mamá también. La celaba siempre. Seguramente porque él tenía otras mujeres.

AMANDA. ¿Otras?

ANA. Sí. Era de los que no se conformaban con una.

AMANDA. (CON CIERTA IRONÍA) Típico... (PAUSA)

ANA. Yo se lo voy a decir a mamá. Pero todavía no...

AMANDA. Si querés yo se lo digo.

ANA. ¿Te animarías?

AMANDA. Creo que sí. Pero más adelante, ¿no?

ANA. Sí, más adelante... (PAUSA)

AMANDA. Tal vez algún día podés ir a visitarme...

ANA. ¿Vivís cerca?

AMANDA. Por ahora sí.

ANA. ¿Te vas a mudar?

AMANDA. No. Lo que pasa es que me estoy quedando en la casa de una amiga, por aquí cerca. Pero no hay problema, es como si fuera mi casa.

ANA. ¿Y cómo hiciste para ubicarme?

AMANDA. Ah, tengo mis contactos.

ANA. Así que venías todos los días sólo para verme pasar...

AMANDA. Hubiera ido hasta el fin del mundo sólo para verte una vez.

ANA. ¿Cómo se llamaba?

AMANDA. ¿Quién?

ANA. Tu hija.

AMANDA. ¿Tu mamá?

ANA. Sí.

AMANDA. Clara.

ANA. ¿Y yo?

AMANDA. Vos también.

ANA. ¿Me llamaba Clara?

AMANDA. Te llamás Clara. (SILENCIO) Antes se acostumbraba a poner el nombre de los padres a los hijos.

ANA. Tal vez mi madre supo que se iba a morir. Por eso me puso el mismo nombre que ella.

AMANDA. Tal vez.

ANA. ¿Por qué no te hiciste cargo de mí cuando mamá murió?

AMANDA. (NO SABE QUÉ RESPONDER) No podía... No sabía... No sabía que existías...

ANA. ¿Qué? ¿No te tratabas con mamá?

AMANDA. No quiero hablar de eso.

ANA. ¿Estabas peleada con ella?

AMANDA. No.

ANA. ¿Cuántos años tenía mi mamá cuando me tuvo a mí?

AMANDA. Era muy joven. (TRATANDO DE CAMBIAR LA CONVERSACIÓN) Tengo una foto de ella. ¿Querés verla?

ANA. Bueno. (AMANDA SACA UNA FOTO DE LA CARTERA)

AMANDA. (DÁNDOSELA) Tomá. Esta es tu mamá cuando tenía tu edad, más o menos.

ANA. (IMPRESIONADA) Se parece a mí... es igualita.

AMANDA. Vos te parecés a ella.

ANA. La boca, mirá.

AMANDA. Sí.

ANA. Puta madre.

AMANDA. (SORPRENDIDA MIRANDO LA FOTO) ¡¿Qué?!

ANA. Los rulos, los rulos de mierda, mirá de dónde los saqué.

B.V.F

(CAMBIO EN EL ESPACIO. ALICIA ESTÁ EN SU CASA CUANDO AMANDA IRRUMPE)

AMANDA. (APARTE) Ese día fui a la casa de la madre adoptiva de mi nieta. No dije que era una vendedora, ni que era la abuela de Cecilia; tampoco me disfracé de Papá Noel. Simplemente le dije lo primero que me salió. (A ALICIA) Señora, perdone que venga así sin avisarle pero yo pertenezco al grupo de familiares de desaparecidos en la dictadura militar y tenemos pruebas de que su hija es hija de desaparecidos. (APARTE) Se la zampé de una, sin anestesia. Y no era ni cerca de lo que me había ensayado antes. El discurso que yo había preparado era totalmente distinto, había pensado entrarle de la misma manera que a mi nieta: (FINGIENDO CIERTA CHOCHÉZ) “Señora, yo soy la abuelita de la nena y quiero tener la oportunidad de conocerla y de compartir con ella lo poco de vida que me queda”. Y no hablar nada de desaparecidos y esas cosas que tanto impresionan a la gente. Pero me salió así. Y así quedaron sonando mis palabras en el silencio de la casa.

(ALICIA RETROCEDE ATÓNITA. SE SIENTA UN MOMENTO. LUEGO MIRA A AMANDA Y LE HACE UN GESTO PARA QUE SE SIENTE)

AMANDA. Tenemos testigos que nos aseguran que la nena fue robada a su madre el día que la detuvieron y fue dada en adopción. La bebé tenía seis meses. (SACA ALGO DE LA CARTERA) Mire. Cuando se la llevaron tenía un tiquecito igual a éste. (SE LO MUESTRA) El otro no lo llevaba puesto porque se le había perdido el tornillito. Yo lo recuperé del alhajerito donde mi hija lo guardó. Desde que ambas desaparecieron lo llevo conmigo. Como amuleto, ¿sabe? (LA MUJER MIRA DETENIDAMENTE EL TIQUECITO) No es de los comunes, tiene un tallado, ¿ve? Como una florcita. Se lo hizo un amigo artesano especialmente para ella.

ALICIA. Lo reconozco. Es igual al que ella traía el día que la trajeron. Yo se lo saqué enseguida y le compré otro par. Estuve a punto de tirarlo pero lo guardé... por las dudas. (MIRA A AMANDA A LOS OJOS) Pero yo no sabía nada. Le juro que no sabía nada de esto.

AMANDA. ¿Su esposo era militar, verdad? Él estaba al tanto de todo. Lamento que no esté para confirmarlo.

ALICIA. (COMO AUSENTE) Mi esposo murió. Él nunca me dijo nada.

AMANDA. (APARTE) Fue lo poco que se atrevió a decir. Después yo hablé, hablé todo el tiempo y ella me miraba con los ojos desorbitados. Le expliqué todo como si estuviera dando una clase. Es que estaba tan acostumbrada a repetir la misma historia que algunas cosas me salían automáticamente. Al final le mostré la foto de mi hija, la misma que le había mostrado a mi nieta. Sabía que el parecido la iba a convencer definitivamente. (LE ENSEÑA LA FOTOGRAFÍA)

ALICIA. (MIRANDO LA FOTO) Es idéntica.

AMANDA. Los mismos rulos, ¿verdad? (APARTE) Ahí fue cuando me pisé el palito.

ALICIA. ¿Usted la conoce?

AMANDA. ¿A quién?

ALICIA. A Anita.

AMANDA. (APARTE) Ese momento fue eterno para mí. Si le decía que sí, corría el riesgo de que me insultara, que me echara a la calle, tal vez podía denunciarme, yo que sé. Si le decía que no... (VE A ANA QUE INGRESA) ...ya era tarde.

ANA. (ENTRANDO) ¿Y? ¿Qué tal? ¿Ya se conocieron? (LAS MUJERES QUEDAN MIRÁNDOLA PASMADAS. LUEGO SE MIRAN ENTRE ELLAS. NADIE COMPRENDE QUÉ PASA)

NOVI

**(LA LUZ CAMBIA BRUSCAMENTE. EL
COHECITO SE ILUMINA Y SE OYE EL
LLANTO DE UN BEBÉ. LAS TRES
MUJERES CORREN HACIA EL COCHE Y
SIMULAN LEVANTAR UN BEBÉ EN
BRAZOS MIENTRAS MURMURAN
PALABRAS DE CONSUELO Y TERNURA,
MEZCLADAS CON CANCIONES DE
CUNA. LUEGO SE INSTALAN EN
DISTINTOS LUGARES, SIEMPRE CON EL
BEBÉ EN BRAZOS)**

ALICIA. (APARTE) No debe haber cosa más tierna que un bebé. ¿Quién no se conmueve con un bebé? ¿Hay un ser humano sobre la tierra que no pueda conmoverse con el llanto de un bebé? El día que tu padre te trajo a casa y te vi por primera vez, tan chiquitita, tan inocente, no podía entender que hubiera una madre capaz de entregar a su hija a personas extrañas. Eso nunca lo entendí.

AMANDA. (APARTE) El nacimiento de un hijo te desborda el corazón. Pero la muerte de un hijo puede llegar a enloquecerte. ¿Sabés por qué no me volví loca? Porque sabía que existías y que tarde o temprano te iba a encontrar.

ANA. (APARTE) Todas las mujeres somos madres desde que nacemos. Después tener o no tener hijos es algo casual. Pero madre somos siempre, desde que somos mujeres. Mientras tu hijo permanece en el vientre todo es extraño, como una fantasía. Pero cuando llega el momento del parto, cuando empieza el dolor, es cuando tomás conciencia. Ahí es cuando sabés que nada ni nadie te va a separar de ese hijo.

(AMANDA, ANA Y ALICIA EN LA CASA DE ÉSTA ÚLTIMA)

ANA. ¡A mí nadie me va a obligar a hacerme ningún análisis...!

AMANDA. No es una obligación, es un derecho. Vos tenés derecho a saber...

ALICIA. (A AMANDA) No puede obligarla, es su vida.

AMANDA. También la mía.

ALICIA. (A ANA) Hacé lo que quieras. Lo que vos decidas va a estar bien. Yo voy a respetar tu decisión.

AMANDA. De tu decisión dependen muchas cosas.

ANA. No hay ninguna ley que me obligue a hacer lo que no quiero.

AMANDA. Lamentablemente tenés razón. Por eso apelo a tu buena voluntad, por la amistad que nos une.

ANA. ¿Qué amistad puede haber después que me engañaste todo el tiempo haciéndote pasar por la abuelita tierna?

AMANDA. Yo tenía mis motivos.

ANA. Me mentiste.

AMANDA. Tus padres te mintieron toda la vida. ¿Eso te parece bien?

ANA. (A ALICIA) Mamá, no dejes que te ofenda.

ALICIA. Señora... le voy a pedir por favor que...

AMANDA. (INTERRUMPIENDO) Señora: "yo" le voy a pedir por favor que colabore. Legalmente tengo que probar que es mi nieta. No es una cuestión personal, también se trata de ajustar cuentas con la historia, ¿entiende? Usted tiene que convencerla, es la única que puede hacerlo, es la madre después de todo.

ALICIA. ¿Usted se escucha? ¿Sabe lo que me está diciendo?

AMANDA. Sí.

ALICIA. Recurre a mi calidad de madre para que pierda mi calidad de madre.

AMANDA. No, no, no. Nadie dice eso. Usted no va a dejar de ser su madre, porque mi nieta no tiene otra. Y si la tuviera... bueno, no sé qué pasaría. El asunto es que yo quiero ser la abuela de mi nieta. Para eso ella tiene que hacerse el estudio.

ALICIA. Es su nieta. No le quepa la menor duda...

AMANDA. Pero eso tenemos que probarlo con la justicia.

ALICIA. Yo quiero seguir siendo su madre.

AMANDA. Usted es su madre y lo va a seguir siendo hasta el fin de sus días. Lo mío es diferente, no se trata de cambiarle la vida a nadie, lo único que quiero es recuperar parte de la vida que me han robado, de eso se trata. Ojalá usted pudiera entender.

ALICIA. Han pasado tantas cosas de golpe.

AMANDA. A mí también me pasó todo de golpe. Perdí a los seres que más quiero en el mundo de la noche a la mañana. Y después tuve que esperar todos estos años para encontrarla.

ANA. No quiero escuchar más estupideces. (INTENTA SALIR. AMANDA SE LO IMPIDE CON UN GRITO)

AMANDA. ¡Vos no te movés de acá! (TODAS QUEDAN SORPRENDIDAS POR LA REACCIÓN DE AMANDA, HASTA ELLA MISMA. SE PRODUCE UN SILENCIO INCÓMODO) No sólo tenés derecho a saber, tenés la obligación de saber.

ANA. ¿Por qué?

AMANDA. Porque hay mucha gente que ha sufrido mucho con todo esto.

ANA. Pero si no los conozco. Es como si no existieran.

AMANDA. Yo existo y soy tu abuela. ¿No estabas feliz de haberme conocido?

ANA. Sí, pero ahora es distinto.

AMANDA. Lo único distinto era que ignorabas todo, pero eso no cambia nada. Los hechos ocurrieron y nadie los puede cambiar. Si me mirás bien a los ojos vas a darte cuenta que hay mucho dolor atrás. ¿No te basta con eso? (SILENCIO) También hay una paciencia infinita, la paciencia que sólo pueden tener las madres con sus hijos. (A ALICIA) ¿Verdad, señora? Se necesita ser madre para saberlo. (SALE. ALICIA Y ANA QUEDAN EN SILENCIO)

FIN

ALICIA. Nuestra vida no fue fácil, ¿sabés? Cuando supe que no podíamos tener hijos, presentí que la relación con tu padre no iba a ir muy lejos. Pero él encontró la forma de retenerme: te trajo a vos de regalo. De un día para el otro, sin consultarme nada, por supuesto, apareció con mi hijita en brazos. Y ese gesto fue lo único que me retuvo todos estos años. Además, si sospechaba que a mí se me cruzaba la idea de abandonarlo, se encargaba de recordármelo. Yo debía estar agradecida. Los hijos siempre terminan siendo la única razón de nuestra existencia.

ANA. ¿Vos pensaste lo que hubiera hecho papá frente a esta situación? ¿Por algún momento se te pasó por la cabeza?

ALICIA. Tu padre no está ahora.

ANA. ¿Y qué importa?

ALICIA. Nosotras tenemos que tomar las decisiones.

ANA. Yo sé bien lo que papá hubiera hecho. Hubiera agarrado el revólver y hubiera sacado a todo el mundo a balazos de esta casa. ¡Incluyéndote a vos! (LLORA)

ALICIA. (CAMBIANDO DE ACTITUD) No te equivocás. Seguramente tu padre me hubiera agarrado a balazos también a mí. Pero no lo hubiera hecho para defenderte, no te confundas, lo hubiera hecho para defenderse a sí mismo.

ANA. Él me quería...

ALICIA. Querida...

ANA. Él me odiaba...

ALICIA. No te pongas así. Si no querés ir, no vayas. Hacemos de cuenta que aquí no vino nadie y se acabó. Nadie puede obligarte a que vayas a hacerte el análisis. Es tu voluntad y si no querés no pasa nada, no vas y se terminó el problema. (ABRAZANDO A ANA) No llores más, dale, quedate tranquila.

ANA. ¿Cómo querés que me quede tranquila si mi propia madre está a favor de ellos?

ALICIA. ¿De ellos? ¿Quiénes?

ANA. De... ellos.

ALICIA. Y ellos ¿quiénes son? Son personas como cualquiera, personas como vos, como yo... eso son ellos... y nosotros... Yo sólo quiero tu felicidad.

ANA. ¿Y cuál es mi felicidad?

ALICIA. Nunca supe cuál era la mía. Perdoname, hijita.

ANA. ¿Por qué me pedís perdón?

ALICIA. Yo no sabía nada de esta historia.

ANA. ¿Y si hubieras sabido? (SILENCIO) ¿Y si hubieras sabido, mamá?

9696

**(UN EFECTO MUSICAL O UN CAMBIO DE LUZ VUELVE A
TRASLADARNOS EN EL TIEMPO)**

AMANDA. (APARTE) Estaba cansada, enojada, tenía sentimientos contradictorios con respecto a mi nieta. Había veces que me daban ganas de ir hasta la casa, agarrarla del cogote y decirle: “Guacha de mierda, ¿quién te creés que sos? ¿Qué derecho tenés de ignorar mi sufrimiento?”

¿No te das cuenta de todo lo que tuve que esperar? Como si no tuviera otra cosa que hacer más que esperar este día, el día en que vos podés decidir por mi felicidad.” Pero otras veces cerraba los ojos y me dormía imaginando su carita risueña y me conformaba pensando que valía la pena cualquier cosa con tal de tener esa imagen en mi retina. Si tuviera que comparar, creo que el peor momento lo pasé después de haberla conocido, después de haber sentido su rechazo. Maldije la hora en que dije todo. Había luchado tanto por la verdad, sin embargo la verdad me había quitado lo poco que me quedaba en este mundo.

XXI

(ANA APARECE CON EL COCHE DE BEBÉ. HA PASADO UN PAR DE AÑOS, TAL VEZ)

AMANDA. (CON EMOCIÓN Y LA SORPRESA) ¡Ana! ¿Y vos? ¿Qué...? ¿Cómo estás?

ANA. Bien. ¿Y vos?

AMANDA. Bien. Tanto tiempo. Pasá. Qué alegría... Hace tanto tiempo. No pensaba volver a verte.

ANA. Yo tampoco. Pero ahora estoy aquí, (MIRANDO AL COCHE) con mi hija.

AMANDA. (SE INCLINA SOBRE EL COCHE) ¿Es tuya?

ANA. Es mía. ¿Querés alzarla?

AMANDA. No, dejala, está dormidita. Es igualita a vos... (CONTENIENDO LA EMOCIÓN)

ANA. Ya sé. Y se parece a vos también.

AMANDA. ¿Sí?

ANA. Bueno, por lo menos yo le encuentro algo, no sé.

AMANDA. En los gestos, tal vez.

ANA. Puede ser. (PAUSA)

AMANDA. (MIRANDO A ANA) Estás más gordita...

ANA. Un poco. Después del parto...

AMANDA. Sentate. ¿Querés un mate? Recién lo empecé.

ANA. Bueno. (AMANDA SALE A BUSCAR EL MATE. ANA RECORRE EL LUGAR CON LA MIRADA. SE DETIENE EN UN RETRATO, ES EL RETRATO DE SU MADRE.) ¿Siempre viviste acá?

AMANDA. (ENTRANDO) Sí. Desde que me casé. ¿Cómo me encontraste? (LE OFRECE EL MATE)

ANA. (CON PICARDÍA) Ah, tengo mis contactos. Cuando uno quiere encontrar a alguien, no tiene más que buscar.

AMANDA. Es cierto. (CAMBIANDO) ¿Tu mamá, cómo está?

ANA. Bien. Muy bien. Chocha con la nieta.

AMANDA. (MIRANDO EL INTERIOR DEL COCHE) Me imagino.

ANA. Te manda saludos.

AMANDA. ¿Sabía que venías?

ANA. Sí. Habíamos planeado venir las tres, pero después preferí venir con la nena, nomás, por la dudas..

AMANDA. Esta es tu casa. Podés venir todas las veces que quieras y con quien más te guste. (CAMBIANDO, POR LA BEBÉ) ¿Cuánto tiene?

ANA. Seis meses.

AMANDA. Es preciosa. La carita... parece una manzanita.

ANA. Sí. Hay veces que me dan ganas de morderla.

AMANDA. (MIRANDO A ANA CON ATENCIÓN) Qué cambiada estás.

ANA. Ya me voy a poner a dieta, pero mientras le doy el pecho...

AMANDA. No, no lo digo por eso. Lo digo porque me parece mentira verte con una hijita... ¿te casaste?

ANA. No. Quedé embarazada y...

AMANDA. (SIMULANDO ENOJO) Igual que tu madre, no te digo yo.

ANA. ¿Mi madre tampoco se casó?

AMANDA. No. Vivían juntos con tu padre. Bueno, era otra época. Ahora es distinto, casi todo el mundo vive en pareja.

ANA. ¿Te enojaste con ella?

AMANDA. Estaba furiosa con los dos. Recién habían empezado la facultad y tu padre tuvo que dejar de estudiar para ponerse a trabajar. Después, cuando vos naciste... (MIRANDO AL BEBÉ EN EL COCHE) No debe haber cosa más tierna que un bebé. ¿Quién no se conmueve con un bebé? ¿Hay ser humano sobre la tierra que no pueda conmoverse con el llanto de un bebé? (PAUSA. REFIRIÉNDOSE A LA BEBA) Así que soy abuela...

ANA. Bisabuela.

AMANDA. ¿Qué?

ANA. Bisabuela.

AMANDA. ¿Ya? (RÍEN LAS DOS) Sabés que desde que nos conocimos siento que he retrocedido en el tiempo. Es que te parecés tanto a tu madre que hay días en que llego a confundirte con ella. Pero no me hagas caso, son locuras mías. Después de todo tengo derecho, no? A mi edad...

ANA. Vos estás más cuerda que nunca, abuela.

AMANDA. La primera vez que me llamaron abuela fue aquel día que te acercaste a mí en el banco de la plaza, ¿te acordás? Pero abuela de verdad, no como me lo han dicho a veces por no decirme vieja de mierda. (ANA SE RÍE)

ANA. (SORPRESIVAMENTE) No me hice el análisis. Yo sé que es una actitud un poco egoísta...

AMANDA. (INTERRUMPIENDO) Está bien, no te preocupes. Alcanza con que estés.

(UNA MÚSICA LENTA INVADE EL AMBIENTE. ANA LEVANTA DEL COCHE A LA BEBÉ Y SE LA ENTREGA A AMANDA EN SUS BRAZOS. AMANDA NO SABE QUÉ HACER CON ELLA. AMBAS SE MIRAN A LOS OJOS Y SONRÍEN)

AMANDA. ¿Cómo se llama?

ANA. Anaclara. (LA LUZ SE APAGA LENTAMENTE)

FIN